

COLEGIO SALESIANO

**“DOMINGO SAVIO”**

VALENCIA

Valencia, 12 de enero de 1973.



Queridos Hermanos:

Con la serenidad de quien ha cumplido perfectamente la tarea de su vida, falleció en este Colegio, el día 14 de diciembre, nuestro querido hermano coadjutor,

## DON FLORENCIO CELDRAN CHAZARRA

Tenía 73 años. Una arteriosclerosis progresiva le había ido minando poco a poco la salud. La muerte se fue acercando con más celeridad tras un amago de trombosis sufrido hace meses. Sus facultades se fueron apagando, distanciándole de la realidad exterior, pero sin privarle de sus más auténticas convicciones, sobre las que había basado su existencia de religioso salesiano.

Don Florencio, aún en sus últimos días, reducido al mundo interior de sus recuerdos y vivencias más entrañables, sin vista en los ojos, con dificultades en la audición, estaba esperando siempre la nueva ocupación que los superiores iban a confiarle.

El día 13, después de comer, se sintió repentinamente indisposto. En principio creímos se tratase de un malestar pasajero. Pero, cuando el Dr. Don Domingo Sorní que le cuidó siempre con delicada solicitud, le visitó al día siguiente, pronosticó lo irremediable: “Don Florencio está acabado”. La trombosis blocó en aquel instante toda capacidad de relación con el exterior.

A las ocho de la noche del día 14, le administramos la Extrema Unción y se le hizo la recomendación del alma. Estaban presentes el Sr. Inspector, hermanos de la comunidad, algunos familiares y amigos. A las 10'30 expiró. El camarín de María Auxiliadora en la Parroquia se convirtió en capilla ardiente, donde sus restos mortales recibieron el homenaje silencioso y conmovido de muchos antiguos alumnos.

Aquella misma noche, Doña Paz, maestra de Benijófar durante más de veinte años, me contaba emocionada la historia sencilla de un maestro salesiano, bueno, ejemplar, que supo ganarse el afecto incondicional de los alumnos.

Don Florencio nació en Benijófar (Alicante), el día 7 de noviembre de 1899. La pérdida de un brazo entre los dientes mecánicos de una noria, no fue obstáculo para que se entregara con decisión al estudio y realizar así su íntima vocación de educador.

En su pueblo natal recuerdan a Don Florencio como a "su maestro". Con un libro bajo el único brazo válido, recorría las huertas de la vega, y en las pausas de las labores enseñaba a los huertos a leer y escribir.

A los 23 años solicitó ingresar como aspirante en la Casa Salesiana de Alicante. Hizo el Noviciado y la Profesión Religiosa en Sarriá-Barcelona el año 1927.

En el Colegio de Alicante inició sus actividades salesianas. En el mismo Oratorio Fes-tivo donde el espíritu de Don Bosco había llamado con fuerza irresistible a su corazón decididamente dispuesto para maestro y educador.

Desde el año 1931 este Colegio de Valencia fue el campo exclusivo de su acción educativa.

Durante el período de la guerra civil corrió la suerte de la comunidad recluída en la cárcel modelo. El mismo relata en la crónica de Don Amadeo Burdeus "LAUROS Y PAL-MAS", los últimos momentos de los salesianos mártires. Sobre su guardapolvo de clase dejó el P. Calasanz el testimonio cruento de su sacrificio, cuando un disparo segó su vida cerca del puente de San José.

Referir exhaustivamente hechos concretos de la vida de Don Florencio sería una tarea imposible. Seleccionar algunos, me expondría a herir profundos sentimientos: Don Florencio era un hombre de detalles. Todos sus antiguos alumnos conservaban el recuerdo de una atención personal. Cada uno se consideraba amigo preferido del inolvidable maestro.

Prefiero dar una semblanza lo suficientemente amplia de su figura, para que cada uno evoque su propia historia y reconstruya la imagen concreta de este educador salesiano, que se nos ha ido después de quedar un poco repartido entre todos. A todos nos ha dado algo y de una manera muy personal. Vivió para entregarse totalmente. Y creo que si procuramos todos recuperarlo entero y reconstruirlo en todas las facetas de su rica personalidad, nos tendremos que encontrar unidos, muy unidos, en su mismo ideal de salesiano íntegro, como en aquella Eucaristía de despedida que congregó estrechamente en la

Parroquia de San Antonio a salesianos, familiares, antiguos alumnos, muchachos y empleados del Colegio.

Trazaré su retrato moral sobre los mismos rasgos que el P. Inspector Don Ismael Mendizábal, delineó en la homilía del funeral.

Don Florencio fue un HOMBRE BUENO, amable, amigo de todos. ¿Habrá tenido algún enemigo o alguien que le haya querido mal? Fiel discípulo de San Francisco de Sales, había hecho realidad el consejo de Cristo: "Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón".

Siempre dispuesto a la ayuda, al favor. Todos acudían a Don Florencio, porque era incapaz de dar una negativa. Y porque sabían que a él tampoco nadie se atrevería a negarle nada.

"Su abundante correspondencia epistolar —atestigua Federico Morillo, que fue su "secretario" durante varios años,— tenía como objeto ayudar, animar, felicitar, solicitar colocaciones".

"Era un hombre atento, afable, sabía limar asperezas, todo lo hacia bueno y agradable".

MAESTRO: "que hizo de su vida una lección constante en el aula y fuera de ella". Con una paciencia infinita, en aquella clase de Ingreso que a veces rebasaba los 60 alumnos.

Seguía con interés el aprendizaje de cada uno. Preguntaba todos los días a todos. Corregía diligentemente los trabajos y se alegraba con los adelantos de los alumnos. Tenía una especial preocupación por los que encontraban más dificultades en el estudio. Los reunía para clases de repaso, quitándose horas de descanso.

Realizó en su vida a imitación del Divino Maestro, la palabra evangélica: "Dejad que los niños vengan a mí". Retirado en su habitación estos últimos años, cuando ya sin vista no podía absolutamente leer, era frecuente verlo rodeado por un grupo de pequeños que seguían con atención sus explicaciones.

Le gustaba participar con los muchachos en las funciones de iglesia y en los espectáculos. Incluso al cine se hacía acompañar cuando ya era invidente, sólo por sentir la cercanía de los jóvenes a los que había entregado sin reservas toda su vida.

Los antiguos alumnos sentían verdadera veneración por él. Enviaban a sus hijos para hacerle compañía en las largas horas de forzosa soledad. Y Don Florencio esperaba siempre sus cartas, sus noticias. Se interesaba por sus vidas y sus tareas profesionales. Guardaba como el más preciado trofeo de su vida salesiana un artístico pergaminio que en un sentido homenaje de gratitud y cariño le ofrendaron los antiguos alumnos veinte años atrás.

SALESIANO, que conjugó a la perfección el trabajo con la oración. Refiere el señor Inspector: "No podré olvidar cuando al principio del curso fui a visitarle. El estaba deseando aquella visita, porque quería como siempre ponerse a disposición del superior para cualquier obediencia y en cualquier Casa. Después de una vida de tanto trabajo, surgía la exigencia del trabajo".

En el año 1963 se sometió a una operación de cataratas con la esperanza de recuperar la vista para dar clase.

Amó profundamente la Congregación y los superiores. Gozaba escuchando noticias del mundo salesiano. Como buen hijo de Don Bosco siempre entendió que los esfuerzos en favor de la promoción de los jóvenes debían culminar en una educación de la fe.

Propagó la imagen de María Auxiliadora en todos los hogares de Benijófar. Hasta el final de su vida los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía fueron el secreto de su esperanza. Don Florencio vivió esperando al Señor, aguardando su venida. Como cuando en tiempo de guerra, allá en su pueblo, esperaba ansioso la contraseña blanca de una toalla en el balcón de Doña Paz, que anunciaba la deseada presencia del Pan Eucarístico.

A través de la muerte, Don Florencio encontró al Señor, y consumó con El la donación incondicional de su vida.

Esta separación física que hoy lloramos ha sido nada más la realización sensible de un hecho íntimo, espiritual, actuado por Don Florencio toda su vida. Con el signo eficaz de la salud del hombre entero y aceptando con voluntad de sacrificio las pasividades impuestas por la fragilidad de la carne, cumplió para sí y para todos nosotros la lección magistral de su entrega total hasta el fin.

He aquí resumida una lección cristiana para ponerla en el recordatorio entrañable de su muerte:

Solamente la FE puede descubrir en lo que parece ser el fin, un comienzo. Sólo la ESPERANZA permite desplazar la angustia y la intranquilidad, para dar paso a la serena confianza; y sólo la CARIDAD da el impulso necesario para el sacrificio total.

A todos los que le tendisteis una mano para los últimos pasos en oscuridad, a los que le disteis la compañía amiga en una soledad nunca merecida, a vosotros jóvenes que llenasteis de ecos juveniles su alma hondamente salesiana, en nombre de Don Florencio, un GRACIAS sincero.

Que su magisterio certero nos acompañe toda la vida.

Os saluda cordialmente

**FELICIANO UGALDE.**